

RAQUEL MARTÍNEZ

SOMBRAS DE  
UNICORNIO

XII PREMIO DE NOVELA ATENEO JOVEN DE SEVILLA

algaida



Un jurado compuesto por Marta Rivera, Matilde Donaire, Carlos Muñiz, Miguel Angel Matellanes y Antonio Rodríguez Almodóvar otorgó a *Sombras de unicornio* el XII Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla.

Ilustración de cubierta: Remedios Varo  
Foto autora: Javier de Agustín

© Raquel Martínez, 2007  
© Algaida Editores, 2007  
Avda. San Francisco Javier 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)  
ISBN: 978-84-7647-639-0  
Depósito legal: M-43.183-2007  
Impresión: Huertas A.G.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

Un inicio imperfecto . . . . .	13
--------------------------------	----

### PRIMERA PARTE

#### LA CIUDAD DEL UNICORNIO

Primavera austral . . . . .	21
El Unicornio . . . . .	29
Un escaparate de sombras . . . . .	37
Manchas de tierra roja . . . . .	45
Tejiendo lo real . . . . .	51
La ceguera consciente . . . . .	57
Tras la pista de Shakespeare . . . . .	65
Una casa para compartir . . . . .	71
Máscaras de estación . . . . .	77
El sonido del vértigo . . . . .	85
Sueños entre teclas . . . . .	91
Felicidad . . . . .	97
Los fantasmas de Lydia . . . . .	105
Decorado . . . . .	111
Silencios rojos de la selva . . . . .	119
Sombras de comedor . . . . .	125
Agua grande . . . . .	131
Pinceladas amarillas . . . . .	137
El olor de Diego . . . . .	143

Papiroflexia . . . . .	149
Los cuentos de Quiroga . . . . .	157
El tango más triste . . . . .	163

SEGUNDA PARTE  
OLVIDANDO LAS DUNAS

La Palma . . . . .	171
Una ciudad de polvo . . . . .	179
Los ojos de la noche . . . . .	187
Identidades sin memoria . . . . .	195
Abrimos a las siete . . . . .	201
Un roscón dulce . . . . .	207
Dunas negras . . . . .	217
Noticias del otro lado . . . . .	225
Después de la tolvanera . . . . .	233
El sabor del mezcal . . . . .	239
Nopales secos . . . . .	247
Toloache . . . . .	253
El sabor de la yerba . . . . .	261
Una libélula azul . . . . .	267
El fin de la ceguera . . . . .	273
Cambalache . . . . .	279
En la antesala del hallazgo . . . . .	289

TERCERA PARTE  
SOMBRAS DE UNICORNIO

La luz . . . . .	301
El eclipse . . . . .	309
El final del vértigo . . . . .	317

*Para Carmen y Emilio por su amor incondicional y su empeño constante por hacerme feliz.*



*La marcha por los caminos excepcionales se emprende inconscientemente, sin tener la sensación de lo maravilloso en el instante de vivirlo: se llega tan lejos, más allá de lo trillado, más allá de lo repartido que el hombre, envanecido por los privilegios de lo descubierto, se siente capaz de repetir la hazaña cuando se lo proponga —dueño de un rumbo negado a los demás—.*

ALEJO CARPENTIER, *Los pasos perdidos*

*También el desierto es agua, hablaste  
aquella tarde en que, invariablemente,  
siempre,  
tampoco nadie te escuchaba.*

ÉDGAR VALENCIA, *Oficios*





## UN INICIO IMPERFECTO



LLEGÓ A MADRID CON DOS NUEVOS NÚMEROS DE TELÉfono en una agenda llena de huellas del pasado. Era mejor no mirar demasiado en su interior, dejar de asomarse a unos nombres, muchos ya borrosos, seguidos de cifras que en su mayor parte sabían a despojos, a reuniones pretenciosas, a falsas promesas, a conformismo inútil. Así que los primeros días la arrinconó, dejándose llevar por impulsos turísticos, simulando que sólo permanecería en esa ciudad unas semanas, prolongando su estancia en aquel hostal, oscuro y céntrico, por donde transitaban voces extranjeras: los ecos de los viajeros de paso. Encontrar trabajo no resultó una tarea fácil.

Creyó que el contacto que le había dado Mariela antes de su partida era seguro. Le dijo que no ganaría mucho, pero que podría vivir en Madrid compartiendo piso, aunque sin contrato laboral. Tenía suerte de haber nacido en España, al menos no tendría que preocuparse arreglando los papeles de inmigración. Marcó el número que aparecía junto al nombre de Luis, y consiguió dar con él en el segundo intento. La empresa estaba en un lugar alejado de la capital. Para llegar tuvo que coger el metro hasta Moncloa y un autobús que la dejó cerca del centro de negocios donde Luis trabajaba. La atendió algo apresurado, aunque con la mejor de sus sonrisas. Pero la empresa estaba a punto de cerrar: «La caída en picado de las *punto.com*», escuchó de su boca. Claudia sufrió su primera decepción, que fue creciendo conforme pasaban

los días, instalada en su exilio voluntario, agravando la desesperante ocupación de buscar cómo podía ganarse la vida. Lo intentó con otras corporaciones que estaban absorbiendo el mercado, con medios de comunicación y gabinetes de prensa de grandes compañías. Las respuestas iban de la discriminación silenciosa provocada por su acento porteño a la recepción de alguna carta que informaba amablemente de la incorporación de su nombre a una base de datos que nada diría de ella.

Una tarde, cuando volvía exhausta de la infructuosa búsqueda, se derrumbó en la cama. Conforme avanzaba el anochecer, la oscuridad proyectó sombras de un futuro que no coincidía con sus deseos. Corrió hasta la calle. El olor a comida le pareció más intenso. Le habían hablado de los espejos del esperpento, en el callejón del Gato. Se quedó parada frente a las imágenes deformes que le devolvían, corroborando la irrealidad de las apariencias. Después de perder la noción del tiempo y olvidarse de los olores de las cocinas, oyó un acento familiar. Tras ella, en la puerta de un restaurante, un chico repartía los menús del día. Claudia cogió uno y, sin mirarlo, le preguntó que desde cuándo estaba en Madrid. Era sociólogo, con maestría terminada, y no había encontrado otra cosa en cuatro meses. Así que se pasaba los días alentando a la gente a probar las exquisiteces de aquel ambiente minimalista. «Aquí todos somos argentinos, llegamos para quedarnos y ninguno soñábamos con este trabajo; pero no se gana mal.» Se asomó al restaurante, sofisticado e impersonal, como todos los lugares que no muestran nada de lo que en realidad son. Mientras sus ojos se introducían en las profundidades de un cuadro con forma de espiral, el chico le pidió que se pasara des-

pués de las diez para tomar una cerveza. Al regresar a su cuarto, con su cabeza enganchada todavía a aquella frase, recordó el otro teléfono.

Un número y un nombre: ninguna referencia más. Lo intentó de todas formas y consiguió una invitación a comer carne asada el fin de semana. Marco también era argentino. La idea de una reunión de compatriotas no le entusiasmó. Sospechaba que todos llevarían remeras de marca, pantalón vaquero planchado y gomina resaltando el desorden de un peinado de moda. Aunque trabajasen incluso sábados y domingos durante doce horas en garitos de mala muerte, simularían; adornarían su experiencia española, sin hacer alusiones demasiado comprometedoras al país al que no supieron o pudieron sobrevivir. Pero Claudia sabía que tenía que ir: su subsistencia en el viejo continente empezaba a peligrar, sus euros se habían reducido hasta el punto de racionalizar las proteínas que ingería al día. Y, sobre todo, la soledad había dejado de ser una aliada, asomándola una y otra vez al precipicio. No quería rendirse tan pronto.

La convivencia gaucha fue grata, aunque Marco le resultó algo maniático y necesitado de protagonismo. Controló hasta el mínimo detalle de la comida, indicando la vajilla más apropiada para servir el bife y las costillas, probando el vino como si fuera un ritual, explorando la hoja de los cuchillos, cuidando cada corte de carne, la proporción de cada pedazo de pan, y quejándose una y otra vez de la aspereza de las servilletas. Sonreía de una manera algo grotesca, como si hubiera ensayado el ángulo exacto de su mejor pose. Al telefonarlo, a Claudia le dio la impresión de que la reunión se celebraría en su casa, que él era el nexo entre los invitados. Pero al llegar al lugar acordado se dio

cuenta de que era uno más. Su rictus indolente ocultaba su inseguridad.

La carne le supo a reconciliación y sus compañeros de comida no resultaron ser exactamente como los había imaginado. Contaron historias muy parecidas a la suya. Su decisión había sido tomada en un momento de crisis. También estaban reunidos los argentinos de antes y los de mucho antes. Cada tiempo tenía su historia; cada persona, sus motivos.

Se fue a casa con la esperanza de que Marco la llamara para una entrevista de trabajo. Era dueño de un bar en el centro de Madrid. El negocio iba bien, pero su socio se marchaba y él se sentía incapaz de manejarlo solo. Además, desde hacía tiempo quería contratar una ayuda para no prolongar tantas horas su jornada laboral. Después de hablar con Claudia, pensó que merecía la pena intentarlo; le daba muchísima pereza ponerse a seleccionar personal. No hacía falta que fuera profesional de la restauración, le pareció inteligente y simpática. A él no le había costado tanto aprender.

Claudia pasó la semana observando su móvil, esperando un mensaje. Los espejos deformes del callejón del Gato le explicaron que no era cuestión de querer sino de encontrar una posibilidad. Comprobó la batería del teléfono varias veces y siguió buscando, sin ganas ni esperanza, ofertas laborales en los periódicos y en internet.

Marco la llamó un viernes. Quedaron en verse un poco más tarde, en El Unicornio.